

Agroecología urbana en la ciudad de Rosario (Argentina)

Un breve análisis a una propuesta de gran complejidad

El año 2001 es conocido por el ciudadano promedio argentino como el año en que colapsó el país. Este año se vivió como un punto de inflexión en la historia reciente de Argentina, el broche a un grave período de recesión, consecuencia de décadas de aplicación de políticas neoliberales, agudizadas por las recetas de "ajuste estructural" dictaminadas en los años noventa por el FMI y el Banco Mundial. En el contexto de un país devastado por la marginalidad, la pobreza, el desempleo y las desigualdades sociales, surge en la tercera ciudad más importante del país, en el corazón de la Pampa húmeda, el fenómeno de la agricultura urbana.

En la ciudad de Rosario (al sur de la provincia de Santa Fe), a fines de los años ochenta, un grupo de ingenieros agrónomos pone en marcha, con mucho esfuerzo, tenacidad y apenas recursos, un programa de huertas agroecológicas destinado a familias vulnerables y afectadas por la crisis, en zonas marginales de la ciudad. El estallido económico y social del 2001 atrae la atención de la Municipalidad de la ciudad sobre este programa de huertas urbanas, adoptándose al año siguiente por parte del Estado municipal como política pública.

A día de hoy, más de diez años después, este Programa municipal se mantiene en pie, no sin dificultades, habiendo recibido fondos de proyectos de cooperación internacional y variados reconocimientos y distinciones internacionales. Este artículo pretende aproximar un somero análisis al recorrido de este complejo fenómeno en la ciudad de Rosario, a través de una mirada a algunos de sus aciertos y logros, así como también a algunas de sus dificultades y desafíos por encarar.

Marta Sánchez Miñarro es coordinadora de comercialización del Proyecto 8715 del Instituto de Cooperación Económica Internacional (ICEI)

La crisis generalizada del 2001 en Argentina. La ciudad de Rosario en emergencia social

La ciudad de Rosario está ubicada en la Provincia de Santa Fe, sobre la margen oeste del Río Paraná (300 km al norte de la ciudad de Buenos Aires, capital del país). Su disponibilidad de puerto fluvial, sumada a su integración a una importante región agraria conocida como “Pampa húmeda”, tradicionalmente productora de monocultivos de renta para la exportación (principalmente soja), fueron factores que la constituyeron históricamente en un importante centro comercial, industrial y financiero, así como un centro de servicios a nivel nacional e internacional.

La ciudad de Rosario presentaba para fines del 2001 una de las tasas de desempleo más altas del país, fruto de la crisis política, económica y social que atravesaba Argentina en aquellos momentos. La ciudad, dotada de un importante cordón industrial, acusaba caídas del sector industrial de alrededor de un 40%, fenómeno que fue responsable en buena medida de los niveles de desempleo, subocupación, trabajo “en negro” y economías familiares precarizadas. Los expulsados del mercado de trabajo formal pasaron a integrar asentamientos irregulares que circundaban la ciudad, y ya en el año 2001 la cifra de dichos asentamientos ascendía a 91, con una población de aproximadamente 130.000 personas en condiciones de alta vulnerabilidad económica y social.

El fenómeno de la agricultura urbana en Rosario. Sus orígenes y la institucionalización de la propuesta

Frente a las condiciones de extrema pobreza de importantes sectores de la población en la ciudad, a fines de los años ochenta, un grupo de ingenieros agrónomos concibe la idea de poner en marcha algunas huertas familiares y comunitarias, y se comienza a viabilizar la propuesta en algunos de los asentamientos irregulares que seguían creciendo en la ciudad. Este grupo promotor, organizado en torno a la ONG CEPAR (Centro de Estudios para la Producción Agroecológica), comenzó a trabajar en el desarrollo de huertas barriales y comunitarias con las familias, como acciones paliativas ante la emergencia alimentaria que padecían amplios sectores de la población.

En el curso de los años noventa, la articulación de esta ONG con actores institucionales, principalmente públicos (provinciales y nacionales), permitió institucionalizar esta propuesta, tratando de encaminarla, no tanto hacia una política de emergencia coyuntural, sino desde su concepción como programa de seguridad alimentaria a más largo plazo. Finalmente, a partir del año 2001, la Secretaría de Promoción Social de la Municipalidad de

Rosario, desde el Área de Empleo y Emprendimientos Sociales, formaliza un convenio con CEPAR para implementar desde enero de 2002 el actual Programa de Agricultura Urbana (PAU) de la ciudad de Rosario, como estrategia inicialmente orientada a contribuir a la superación de la emergencia social que se padecía en esos momentos, pero con el horizonte de constituir la agricultura urbana en la ciudad como una actividad permanente. ¿Sería esto posible?

¿Huertas agroecológicas en plena ciudad? Algunos de los logros y aciertos de la propuesta

En los primeros años de la puesta en práctica de las huertas barriales familiares y comunitarias, y en el contexto de emergencia social y alimentaria descrito, las huertas urbanas supusieron un aporte importante a la seguridad alimentaria de familias en condiciones de alta vulnerabilidad social. Específicamente, el aporte nutricional a las dietas familiares brindado por el consumo de verdura agroecológica producida localmente, el autoabastecimiento familiar, o el ahorro en las economías domésticas como consecuencia de dicho consumo son logros interesantes a destacar, sobre todo en estos primeros años.

Por otro lado, en un contexto crítico de desconfianza generalizada hacia las instituciones, de desmantelamiento del tejido social y organizativo y de supervivencia individual, la participación de familias excluidas socialmente en la implementación de las prácticas de huerta y autoconsumo en sus barrios junto con otros pares, en ámbitos de encuentro y participación entre vecinos, permitió aumentar la confianza, la seguridad y la autoestima de estas familias, dignificando de nuevo su trabajo, e incidiendo positivamente en su inclusión social. De ambos logros da muestra el testimonio de Ida Pintos, quien participó desde los inicios de este fenómeno en la ciudad, hoy huertera desde hace años del Parque Huerta Molino Blanco, el más antiguo del PAU:

«Esto era un basural.... y de a poco fuimos limpiando. Arrancamos en el año 2000, 2001; fueron terribles esos años. Empezamos a hacer algo de verdura como para ir consumiendo cada familia. No sabíamos lo que era una semilla ni una verdura, y menos, ecológica. Nosotros arrancamos solos... Cuando empieza el PAU, el ingeniero nos propone trabajar. Al principio, nosotros ni bola le dábamos. Rosario estaba que explotaba, estábamos cagados de hambre, no los creíamos. Ellos venían, venían e insistían, así que poco a poco se logró hacer la verdura ecológica, vender, tener las ferias... Hoy por hoy hay gente que vive de esto (hijos, nietos...). Desde la alimentación y lo social, esto cambió un montón».

Desde otro punto de vista, la agricultura urbana permitió revalorizar y recuperar identidades culturales productivas, especialmente en el caso de los huerteros venidos a la ciudad de

Rosario como migrantes rurales del norte del país, procedentes de provincias como Corrientes, Chaco o Santiago del Estero. Estos migrantes, pequeños productores rurales por tradición histórica familiar en sus territorios de origen, integran desde hace años un perfil específico de huerteros en el PAU, que demuestra un alto grado de motivación y dedicación a las huertas urbanas. La producción hortícola les brinda alimento familiar y algunos ingresos económicos, pero sobre todo, con los trabajos de huerta ven recuperado el sentido y la dignificación de su vocación productiva en una ciudad que, en el mejor de los casos, les habría brindado trabajos precarios y muy mal pagados (“changas”), desvinculados de su perfil productivo, en condiciones de riesgo e inseguridad económica y laboral. Nely, huertera de Molino Blanco, migrante rural en Rosario desde hace tres décadas, lo expresa de la siguiente manera:

«Empecé en el 2001 con las plantaciones de huerta. Empezaron mis hijos conmigo; ya tengo nietos trabajando conmigo. Yo muy de chica sé lo que es plantar; es muy distinto a lo que dice Ida, porque yo ya tengo experiencia de muy chica, trabajo en parcelas grandes, tengo todo el año verdura, muy poco me corto de verdura, entrego bolsones, voy a la feria... Somos bastantes los que trabajamos en familia. Para mí es muy bueno esto porque mis chicos no se criaron en la ciudad, no aprendiendo a no plantar una planta, se criaron como me crié yo, aprendiendo a plantar y trabajar en la tierra. Ahora están aprendiendo mis nietos...».

Otro de los logros de la propuesta agroecológica urbana se identifica en el testimonio anterior de Ida Pintos. En varios casos, la puesta en práctica de huertas urbanas y periurbanas recuperó y habilitó zonas altamente degradadas de la ciudad, tales como descampados, basurales y escombreras. La limpieza y recuperación de estos terrenos altamente deteriorados y poco fértiles, no solo permitió recuperar el uso de suelo para la generación de alimentos sanos a las familias vecinas, sino además mejorar el paisaje barrial, con sus consecuencias positivas en términos ambientales, paisajísticos, sanitarios y de seguridad vecinal. En este sentido, la gestión territorial y las alianzas llevadas adelante con organismos titulares de espacios no urbanizables (márgenes de ex vías del ferrocarril, basurales, vías muertas...) han constituido una política exitosa en el PAU, habilitando, por un lado, el aprovechamiento de espacios ociosos destinados actualmente a la producción de alimentos saludables y al trabajo de las familias vulnerables; y por otro lado, brindando la garantía de la seguridad jurídica en la tenencia de la tierra para la viabilización de huertas urbanas y periurbanas. A modo de ejemplo de estas alianzas políticas y jurídicas, el PAU se ha integrado a varios programas y proyectos de espacios multifuncionales en la planificación de la ciudad, como son los proyectos de Barrios Productivos, en conjunto con el Servicio Público de la Vivienda, proyectos que integran la agricultura urbana en los planes de mejoramiento barrial, o el caso de los Parques Huertas, en alianza con la Secretaría de Planeamiento de la ciudad.

Las alianzas y la concertación con algunos actores de diverso cuño para el avance y sostenimiento de la propuesta agroecológica urbana, han demostrado ser otro de los aciertos

por parte del PAU, sobre todo en los últimos años. Además de los convenios con los organismos competentes del Estado para la gestión territorial y el uso del suelo, el Programa ha gestionado proyectos y cuantiosos fondos económicos con socios de la cooperación internacional al desarrollo, como el Instituto de Cooperación Económica Internacional de Italia (ICEI), o instituciones de Canadá, Holanda y Perú (IDRC, RUAF, IPES, Programa Regional “Ciudades Cultivando para el Futuro”). En el ámbito nacional, hay que destacar el Convenio con el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y el Programa Prohuerta, programa de seguridad alimentaria de implante en la provincia, o las articulaciones con las Escuelas, y con sectores de la ciudadanía, en el ámbito de la ciudad de Rosario (Red Vida Verde de consumo responsable, fundaciones de responsabilidad social empresaria, entre otros actores).

Las alianzas y la concertación con algunos actores de diverso cuño para el avance y sostenimiento de la propuesta agroecológica urbana, han demostrado ser otro de los aciertos

Finalmente, un aspecto muy importante a destacar del Programa de Agricultura Urbana, es su trabajo perseverante de visibilización y divulgación de la experiencia rosarina de la agricultura urbana con perspectiva agroecológica como política pública. Desde el Programa se trabaja de forma constante apuntando a la instalación de la Agroecología urbana en la agenda pública y en la opinión ciudadana, con miras a generar sensibilización y compromiso de otros actores, principalmente la sociedad, los consumidores y el Estado. La perspectiva de una urbe con múltiples espacios verdes productivos, integrados armónicamente en la ciudad, y con capacidad de abastecer de alimentos sanos a buena parte de la población urbana, generando al mismo tiempo empleo e inclusión social, se ha ido transmitiendo, visibilizando y debatiendo en la ciudad, con especial énfasis en los últimos años. Muestra de ello son eventos como la Semana de la Agricultura Urbana (espacio anual abierto al público consistente en muestras, talleres prácticos, intercambios con otras experiencias en el país, entre otras actividades), Congresos de Agroecología destinados a técnicos y productores de todo el país, o muestras fotográficas en la ciudad, entre otros.

La agricultura urbana es, de este modo, una realidad observable desde hace años en la ciudad de Rosario, y se refleja en una operatoria descentralizada en torno a múltiples huertas familiares y comunitarias en los distintos distritos de la ciudad (norte, sur, oeste, este), así como en varios Parques Huerta (espacios productivos diseñados para integrarse paisajísticamente en ámbitos periurbanos específicos de la ciudad y concebidos para el aprovechamiento comunitario de ciertas infraestructuras e insumos). Además de estos espacios productivos, en el curso de estos años se desarrollaron variados canales cortos de comer-

cialización de la verdura y las plantas aromáticas y medicinales, como las ferias semanales en zonas céntricas de la ciudad, la entrega de bolsones de verdura a domicilio o la transformación y agregado de valor, con venta directa, mediante dos agroindustrias de verdura y cosmética natural.

A la hora de considerar los orígenes del fenómeno, a partir de las iniciales y escasas huertas barriales de autosustento en zonas marginales de la ciudad, hasta la estructura, despliegue y visibilidad mencionada del actual Programa de Agricultura Urbana de Rosario, el crecimiento y desarrollo del fenómeno es evidente en estos 25 años de trayectoria. Ahora bien, de cara a un análisis más detallado del fenómeno y su trayectoria, cabría preguntarse si este crecimiento ha sido resultado de un camino progresivo y equilibrado, sustentado sobre la organización y participación de los huerteros, la articulación sostenida con otros actores y la planificación de metas alcanzables, como factores importantes de sustentabilidad que sería posible avizorar en el medio y largo plazo. En este sentido, emergen algunos aspectos que ponen en evidencia varias dificultades, contradicciones y retos por encarar, vinculados a la complejidad de una apuesta de la envergadura del Programa de Agricultura Urbana de Rosario.

Un Programa "multidimensional" que involucra muchos componentes. Algunos "nudos" y dificultades

A partir del propósito inicial del grupo promotor (CEPAR), consistente en paliar la emergencia alimentaria de familias vulnerables, el actual Programa de Agricultura Urbana ha ido creciendo mucho en tamaño y complejidad en los últimos años, y lo mismo puede decirse de sus pretensiones y objetivos. Además de tratar de constituirse en un programa de seguridad alimentaria para familias vulnerables, se ha apuntado a la generación de espacios productivos vinculados con distintos canales de comercialización, como espacios localizados de venta directa de huerteros a consumidores (huertas en los distritos, parques-huerta), ferias periódicas en plazas de la ciudad, o entregas de bolsones de verdura variada a domicilio bajo pedido. Este componente económico-productivo ha traído consigo complejidades y dificultades, vinculadas a la necesidad de una mayor planificación productiva, al volumen necesario de producción para abastecer diversos canales de comercialización y sus diversas exigencias, a la necesaria organización interna de los huerteros en los diversos espacios productivos y a la articulación y coordinación entre estos últimos.

Así, en el caso de las ferias, se dan con frecuencia discontinuidades en la producción y diversidad de verdura suficiente para dar respuesta a la demanda de los consumidores de clase media que circulan por las plazas céntricas donde funcionan semanalmente las ferias (plaza San Martín, plaza López, plaza Alberdi). Frente a contextos rurales donde la principal

traba de los pequeños productores es dar salida comercial a su producción, en Rosario la demanda de los consumidores urbanos supera ampliamente la oferta disponible en las ferias de verdura agroecológica que procede de las huertas urbanas y periurbanas. Hay que aclarar que la reducida superficie promedio de huerta por familia, y en general la escasa superficie productiva total abarcada por el PAU, redundan en una producción menor de la deseable (si se compara, por ejemplo, con la producción convencional de las quintas ubicadas en localidades hortícolas cercanas como Soldini). A esto hay que sumar las inclemencias climáticas (granizo, sequía) que afectaron estacionalmente la producción de verdura en años recientes. Sin embargo, también es cierto que determinados factores han incidido de forma recurrente y negativa en el volumen, diversidad y regularidad de la producción orientada al mercado, lo que se manifiesta en la insatisfacción de la demanda urbana de verdura en varios de los canales de comercialización, especialmente en las ferias y en la entrega de bolsones a domicilio. En el caso de las ferias, existe una discontinuidad evidente en el número y motivación de los huerteros involucrados en este canal de comercialización, evidenciándose además algunas debilidades en el trabajo de planificación participativa de la producción con aquellos. Por otro lado, en el caso de la entrega de bolsones a domicilio, se han identificado en los últimos años varias dificultades o “puntos críticos” a lo largo de la cadena de valor, principalmente en lo que respecta a la planificación productiva, la logística (transporte y entrega en domicilio), y en general, en lo relativo a la satisfacción en tiempo y forma de la creciente demanda urbana vinculada a los consumidores de bolsones en la ciudad.

Estos diagnósticos evidencian las dificultades inherentes a un proceso complejo que en pocos años, y como resultado de la adaptación a algunas variables del contexto, y a su propia institucionalización como Programa de Agricultura Urbana, transitó de un programa social de contención alimentaria, a un programa eminentemente social, pero que apoya su eje en el componente económico-productivo, a través de la generación de producción primaria y agregado de valor destinada a la comercialización y creadora de ingresos para los huerteros. A mi juicio, dichas dificultades no han sido encaradas por el PAU en su totalidad y complejidad, y lo mismo cabe decir de la necesidad de un trabajo más esforzado, educativo, participativo y articulado con los huerteros, dado el rol de los mismos como partícipes activos y protagónicos, y no como población asistida por un programa social.

Además del eje económico-productivo, el PAU apuntó en los últimos años hacia el trabajo de aspectos orientados al turismo, al diseño paisajístico (integración de espacios verdes en la ciudad), a la sensibilización ambiental y ciudadana, y a la labor educativa, a través de su vínculo con algunas escuelas, principalmente en los barrios donde ya existen huertas urbanas y periurbanas. Es quizá la educativa la dimensión más trabajada de forma sistemática, quedando las anteriores parcialmente abordadas, o abordadas de forma discontinua y por debajo de su potencialidad.

Algunas de estas dificultades y contradicciones serán analizadas en el último epígrafe, en clave de desafíos a ser encarados en el futuro. No obstante, en este punto cabe anticipar algo, a modo de recapitulación. A través de la observación de la trayectoria del PAU en los últimos años, y a partir de mi propia experiencia de trabajo, se podría afirmar que el ritmo de crecimiento y complejidad del Programa, en términos de objetivos, estructura, recursos, equipamiento e inversiones superó al grado de “madurez” necesario para encarar este proceso de forma equilibrada, proporcionada y sustentable en tan pocos años. Es razonable suponer que la visibilidad y exposición “hacia fuera”, así como las expectativas generadas en torno a esta experiencia de política pública, sumados a la captación de elevados recursos procedentes de varios donantes (en forma de diversos proyectos), y combinados con las elevadas expectativas de la conducción del PAU, condujeron a la pretensión de dar satisfacción a muchos “frentes” al mismo tiempo (económico-productivo, social, ambiental, sensibilización, diseño urbano, turístico, político, etc.). Ello generó una asimetría entre el “deber ser” (sustentado sobre los recursos económicos obtenidos en los últimos años, la superficie ganada a las huertas, o las inversiones realizadas, entre otras variables) y el “poder ser”, más sustentadas sobre las capacidades reales de organización, participación y articulación de los equipos humanos, tanto en el seno del Programa, como especialmente en lo que respecta a los propios huerteros y huerteras.

¿La agricultura urbana y periurbana de base agroecológica es sostenible en Rosario? Algunos factores clave. Retos y desafíos por delante

Desde el punto de vista de la Agroecología, la sustentabilidad se encara desde varias dimensiones, no solo económicamente hablando. El propio PAU lo define en este sentido en uno de sus documentos institucionales:

«El programa se desarrolla desde una visión agroecológica. Esto implica considerar la Agricultura Urbana como una actividad sustentable en sus tres dimensiones: económica, social y ambiental».

En este sentido, podemos considerar que las tres dimensiones se dan en la experiencia rosarina, más en términos de horizonte que de realidad observable. Y podemos agregar que en las tres dimensiones algunos factores o dificultades podrían poner en riesgo dicha sustentabilidad.

Desde el punto de vista económico-productivo, en el apartado anterior comentábamos algunas dificultades al respecto. Algunas de ellas nos conducen a uno de los interrogantes clave que debe abordar el PAU: ¿su rol principal debe ser el de facilitar la generación de ingresos económicos regulares y estables para los huerteros, con base en las huertas urba-

nas y en las agroindustrias como espacios económico-productivos? Por otra parte, ¿es esta la pretensión de la generalidad de los huerteros vinculados con el Programa? Brindar una salida laboral a los huerteros a través de la asistencia técnica de los promotores y de las infraestructuras de producción, agregado de valor y comercialización es, sin duda, una de las aspiraciones de la conducción del PAU, según se expresa en su discurso y se plasma en documentos institucionales, como el que reza:

«En la actualidad, se desarrolla una estrategia de consolidación como fuente laboral para los huerteros y las huerteras de la ciudad [...]. Hoy es una actividad con potencialidades para constituirse en una actividad laboral estable».

En este sentido, hay que agregar como una dificultad importante la discontinuidad en la actividad por parte de algunos de los huerteros, lo que se traduce en una rotación importante de huerteros identificada en la actividad en los últimos años. Esto puede deberse a varios factores, y podemos tratar de esbozar algunos. Por un lado, el fenómeno del desempleo en Argentina, que a diferencia del europeo (de largo plazo) se caracteriza por ser de corto plazo, alternándose con actividades intermitentes precarias. De este modo, el desempleo constituye un momento particular recurrente de la vida laboral de las personas activas que se alterna con breves períodos de inserción en empleos precarios o de subsistencia. En esta dinámica, muchos huerteros, ex empleados en actividades económicas más propias de contextos urbanos (construcción, albañilería u oficios diversos), abandonan la huerta cuando consiguen emplearse en alguna actividad económica, aun precaria y de corta duración, que les resulte más afín a su propia identidad o historia o, simplemente, más rentable desde su propia percepción. Por otro lado, problemáticas estructurales que afectan a los contextos urbanos donde se implementan las huertas (drogadicción, alcoholismo, violencia de género...) dificultan la continuidad y sistematicidad del trabajo productivo. Por último, hemos de tener también en cuenta la cuestión de la identidad cultural productiva ya mencionada. Todo ello se traduce, en definitiva, en que los huerteros de más larga duración y compromiso en el PAU son aquellos que ya desarrollaron labores agrícolas con anterioridad, por su historia, cultura o procedencia, o por combinación de todas estas variables.

Desde un punto de vista estrictamente financiero (en términos de costo-resultado), a pesar de su actual situación económica de mayor fragilidad, el PAU ha sido destinatario de un elevado monto en ayudas económicas y subsidios en los últimos años, y cabe preguntarse en qué medida aprovechó esta coyuntura de “bonanza económica” para ir capitalizándose, generar flujos económicos sostenidos en los distintos espacios económicos, y propiciar así un cierto grado de ahorro y autonomía, lo que incluye el ir trabajando educativa y participativamente estos aspectos con los propios huerteros. A modo de ejemplo, apenas se llevaron a cabo ejercicios de cálculo de costos reales de producción de la verdura en los diversos espacios productivos, para poder determinar, aunque fuese a título de esbozo de

“escenario de no financiamiento”, o como ejercicio didáctico para los huerteros, los ingresos que aproximarían a la actividad de la huerta vinculada al mercado como actividad económicamente sustentable (subsidios y donaciones al margen). Como resultado de todo esto, el “descanso” del Programa en el componente del subsidio, pone en amenaza la sustentabilidad económica del Programa, si se concretan factores como que la Municipalidad reduzca los fondos otorgados, o si van menguando progresivamente los fondos procedentes de la cooperación internacional, factor altamente probable en el actual contexto de crisis internacional.

Considerada la dimensión social, existen varios desafíos por delante para alcanzar esta sustentabilidad, y a mi juicio todos ellos pueden resumirse principalmente en uno solo: la necesidad impostergable de una mayor intensidad en el trabajo educativo orientado al estímulo a la participación y al fortalecimiento de la organización de los huerteros y huerteras vinculados al PAU. La actual Red de Huerteros y Huerteras dista bastante de constituir una organización social con eje en la participación real, la reflexión, el debate y la toma de decisiones de los propios huerteros. Es fundamental, pues, involucrar a los huerteros y huerteras como protagonistas de la propia política de la que hoy son destinatarios más bien pasivos. En este sentido, cabe preguntarse si esta lógica de trabajo de “abajo a arriba” es compatible con la propia lógica intrínseca a la política pública (de “arriba a abajo”), de la cual la Municipalidad de Rosario y el propio PAU no son una excepción (aun dándose la paradoja de que el origen del PAU fue el trabajo de base de varios agrónomos en torno a una ONG de inspiración participativa y educativa). Esta labor no está exenta de dificultades y obstáculos, téngase en cuenta, por ejemplo, los problemas estructurales ligados a los ámbitos urbanos marginales que citábamos con anterioridad, los cuales dificultan un trabajo educativo sistemático de participación y organización. Se percibe que el PAU, no obstante, ha avizorado esta necesidad, especialmente en los últimos dos años, y parece ser que se encuentra en el camino de estimular más intensamente dicha participación y organización.

Por otro lado, los intentos por generar una “agricultura sustentada por la comunidad” (AUSUCO, como se denominó en su día dicha iniciativa), involucrando a distintos actores (empresas, sociedad civil, etc.), han sido discontinuos y no han prosperado. La mayor expectativa en este sentido reside, quizás, en el trabajo de visibilización y sensibilización que viene realizando el PAU con ocasión de sus actividades de comunicación y organización de eventos, capacidades que pueden considerarse, sin lugar a dudas, fortalezas de este Programa.

Por último, desde la dimensión ambiental, la principal contradicción para la sustentabilidad de la propuesta, más allá de las fronteras ciudadanas, es la realidad incontestable que convierte a la experiencia rosarina en una “isla” en un mar de soja transgénica. Como explicábamos en la introducción, Rosario es el “nodo” principal en el país en lo relativo a la exportación

tación de granos, especialmente soja transgénica, hacia otros países a través de su puerto comercial. Además, la región en la que se inserta, la Pampa húmeda, es zona productora creciente de este cultivo, dada la elevada cotización que alcanzó el mismo en los mercados internacionales en los últimos años. Además de este contexto adverso, hay que agregar que Rosario posee un anillo agroproductivo dedicado a la horticultura convencional que abastece a la ciudad a través de dos mercados mayoristas, con base en la labor de pequeños productores mínimamente capitalizados, que usan tecnología de insumos, agrotóxicos y fertilizantes de síntesis química.

Todo lo anterior convierte a la propuesta de Rosario en una experiencia aún más meritoria y desafiante, en un contexto, como hemos visto, muy poco propicio al debate sobre la agroecología, no solo desde lo económico, sino también desde lo social y cultural (la idea de la prosperidad en el imaginario pampeano está asociada al cultivo de la soja y sus cuantiosas ganancias). Es quizá la combinación de todos estos factores de contexto lo que da pie a otra paradoja. Y es que la experiencia rosarina ha recibido mayor atención desde ciertos ámbitos educativos o técnicos de otras regiones (como el norte del país) e incluso desde otros países, que desde la propia ciudad («¿nadie es profeta en su tierra?»).

A modo de conclusión de este artículo, y considerado el análisis de todas las dificultades y variables complejas expuestas, lo que podemos plantearnos son más debates y desafíos que certezas y, por supuesto, algunas lecciones aprendidas. Si retomamos la cuestión de la agricultura urbana como fuente laboral de largo plazo para huerteros y huerteras, principal reto que el propio PAU se plantea como política pública, a mi juicio, se plantea un debate acerca de si este objetivo está en sintonía con un programa de las características y posibilidades del PAU, teniendo en cuenta los factores comentados con anterioridad. Existen limitantes evidentes en torno a la superficie y capacidad productiva de los espacios de huerta, variabilidad en términos de número, rotación y perfil socio-productivo de los huerteros involucrados, una necesidad muy importante de trabajar con más énfasis la participación de los huerteros y su organización social y productiva, e incluso una heterogeneidad evidente en los perfiles de los propios promotores del Programa (que poseen diferencias en torno a la formación técnica, la percepción de su rol y su grado de compromiso).

Concluamos pensando en las lecciones aprendidas. En este sentido, uno de los aprendizajes más positivos que puede leerse de la experiencia de la agricultura urbana de Rosario reside en la perseverancia de la propuesta, basada en la convicción y el firme compromiso de un equipo humano motivado, y especialmente de su coordinador, Antonio Lattuca, en hacer de la agricultura urbana una propuesta posible y visible, una política pública perdurable, aun en contextos adversos y más allá de todas las limitaciones y dificultades. Sin perder de vista que el Programa de Agricultura Urbana de Rosario es una referencia incontable en el ámbito internacional en lo que respecta al fenómeno de la agricultura urbana, el

análisis realizado en este artículo sobre ciertos obstáculos y dificultades no tiene otro propósito que el de facilitar miradas y plantear debates constructivos que puedan servir como aprendizajes de cara al futuro, en el marco de esta u otras iniciativas que se animen a encarar la agricultura urbana.

A mi juicio, una de las lecciones fundamentales que nos brindan propuestas complejas como la rosarina es que el pilar fundamental de la coherencia interna y de la sustentabilidad integral de cualquier propuesta de raíz social, reside en la capacidad de poder sostener una estructura que nazca con sólidos cimientos desde la base, con eje en la organización social, la participación comprometida, el sentido de pertenencia de sus protagonistas y la articulación con otros actores públicos y privados para involucrarlos en la propuesta. Tendemos a pensar que para la dinamización de cualquier proyecto o estrategia, los recursos económicos son la baza fundamental, cuando la realidad nos acaba demostrando que la verdadera y genuina organización y participación social no es solo la dimensión más sustantiva y fundamental, sino también la más compleja de trabajar, dinamizar y mantener en el tiempo.

¿Nos ponemos a trabajar entre todos con ahínco para fomentar la agricultura urbana en nuestras ciudades para todos y todas?